

PARA JULIETTE CHAVANEL.

EDICIONES GRÁFICAS "BON VIVANT"

Mi querida Juliette, en este momento, ante la posibilidad de que dentro de unas horas esté muerto, el tiempo se me aparece como un bien escaso y valioso. Dispongo de muy poco antes de que, sobre una camilla, abran mi pecho en dos. Mientras tanto, yo, o tal vez debería decir mi mente, permanecerá durante un tiempo indefinido en las sombras de la anestesia, que son como las de la muerte. Y después... ¿quién sabe si habrá tiempo nuevo después de eso? En todo caso, quiero emplear los pocos minutos de que dispongo en escribir esta carta, una carta en la que confiese que hace muchos años que estoy enamorado de ti, o lo que es lo mismo, una carta que confirme la imposibilidad del amor.

Escribirte esto a ti, Juliette, que no eres sino un amor imposible, no resulta una tarea difícil y mucho menos absurda, ya que el amor, en sí mismo, es esencialmente imposible. No porque no exista, ni porque no pueda uno enamorarse, claro que puede, yo mismo me he enamorado muchas veces. La imposibilidad del amor radica en su falta de permanencia, en que tan pronto es como deja de ser, en que no dure mucho más que unos minutos de éxtasis, unos días de embrujo o, todo lo más, unos meses de encanto y entrega. Y la prueba de que el amor es imposible, por su fugacidad, porque siempre se desvanece, es que yo mismo, durante toda mi vida, sólo he estado enamorado de forma duradera y permanente de ti, mi querida Juliette.

Posiblemente yo no sea el único hombre que te haya amado, a muchos a otros también les habrá seducido alguna de tus fotografías, te habrán tomado cientos de ellas, quizá no todas desnuda como la que a mí me enamoró, aunque pudiera ser que sí, que todas tus fotos sean como la mía. Porque tal vez, lo he pensado cientos de veces, tu profesión fuera modelo de desnudo o actriz de películas pornográficas o quizá sólo fueras alguien que se sacaba su dinero quitándose la ropa y mostrando su cuerpo al objetivo de una cámara. Con esta incógnita y con otras muchas preguntas sobre ti, me entretenía mientras te miraba, sin que, en el fondo, me importaran lo más mínimo las respuestas. En cambio ahora, pensando en mi cuerpo abierto sobre la mesa de un quirófano, desearía saberlo todo, poder averiguar cada uno de los detalles de tu vida, tener tiempo para hacerlo. Pero no dispongo de él, con suerte tendré el justo para acabar esta carta.

Hasta ahora, los que se han acercado a mi cuarto han pasado de largo, pero no tardarán en llegar los que me lleven y antes debo decirte muchas cosas. Dejaré de lado lo menos importante, no tengo tiempo para decirte, por ejemplo, cuándo te

vi por vez primera, ni cómo llegaste a mis manos, ni si te he compartido con otros, ni las veces que al verte he sentido ganas de llorar, porque todo eso sería demasiado largo.

Tú misma, tu foto es lo que ahora importa, aunque seguramente no sepas cuál de todas las que te hicieron es la que yo conservo. En esta, en la mía, figuraba en la parte de arriba tu nombre, seguramente tan falso como el amor, Juliette Chavanel, y más abajo tú, desnuda. Estás sentada en una cama, no en el borde, sino en el centro, con las piernas dobladas, recogidas, apoyando los talones en la colcha, así muestras tu sexo. Tus codos reposan cansinamente sobre tus rodillas flexionadas, una de tus manos sujeta distraídamente tu cabeza ladeada por la nuca y la otra, la derecha, se pierde entre tu cabello, ahuecándolo. Y en medio, tu pecho cuya blandura se adivina y tus areolas abultadas, del mismo color que la canela.

Sin embargo, lo que me enamoró no fue tanto la visión de tantos secretos mostrados de manera tan diáfana y desvergonzada, como tu expresión ausente. Ese semblante tuyo no era el propio de una mujer que exhibe impúdicamente hasta el último rincón de su cuerpo. Era un gesto que invitaba solamente a lo trivial, a compartir lo más común, lo de diario, sin contorsiones soeces, ni bocas excitantes, nada de rictus exagerados. Mirabas a la cámara como si mostrarse como tú lo hacías no fuese algo inusitado, sino sencillo y cotidiano, como si no hubiera exhibición sino la humilde muestra de lo que hay. Ese gesto, el de tu rostro, podría ser el de una joven estudiante en una biblioteca cuando alguien le preguntara si podía ocupar un asiento en su mesa y ella, tú, levantases la vista y con ese dibujo en el rostro dijese, “si claro, retiro un poco mis apuntes. Siéntate aquí, en esta silla de al lado”. Como si me hicieras un sitio junto a ti, así mirabas en aquella fotografía en la que descubrías los suaves pliegues tu sexo bajo una línea apenas bosquejada de vello púbico ¿Cómo podría no enamorarme de esa complacencia tuya, de esa ternura tan desnuda y tan serena?

Un rostro, unos ojos, unos labios y la postura de un cuerpo captados en una fracción de segundo y congelados después para siempre. Un conjunto muy hermoso, pero simulado, una pose ensayada ante un espejo, reproducida ante el fotógrafo que primero diría “no, no, así no” y luego añadiría “ahora sí, quieta” y dispararía su cámara una y otra vez, sin que tú apartases la mirada del objetivo ni rompieras tu sonrisa tenue en ningún momento. Quizá tuvieras frío durante aquella sesión y lo aguantaras sin decir ni una palabra, o te repugnase el roce de esa colcha en la piel y también ocultaras esa repulsión, porque nada debía alterar tu pose para la foto. Así surgió tu imagen, querida Juliette, la fotografía que me ha enamorado durante tanto tiempo, la del semblante que parece decir aquí estoy y no es para tanto, ignorando la rotunda lubricidad de su pose exhibicionista.

Dime, no es esta la mejor prueba de que el amor es imposible, de que no es sino una ilusión o un artificio.

Alguien vestido de ese verde que sólo existe en los hospitales, se ha asomado a mi puerta y me ha saludado. Ha consultado una libreta y después se ha ido, tras prometerme que no tardará en volver, todavía tengo tiempo. Antes de que sea tarde debes saber que mi amor por ti no se ha limitado a mirarte en la fotografía de la manera que lo haría un adolescente, sin apartar la vista de las formas levemente elevadas y deprimidas que se dibujan entre tus muslos o en el pecho que apenas asoma detrás de tus rodillas. Nunca te he tenido en mis brazos, pero mi amor no se ha agotado contemplándote. Te he buscado en todas las mujeres con las que he estado, tu mirada, tus labios, la posición de tus brazos, el abandono de tu cabeza, tus muslos elevados, tu pubis apenas sombreado, los he encontrado dispersos aquí y allá. A veces he pedido a mis amantes que te imiten, sin decirles por qué, claro, como si fuera un juego de cama más, que adoptasen tu expresión, que me mostrasen su sexo de la manera que lo haces en la foto, que posen para mí. Así te he tenido de la misma forma en que se ama, sólo por unos instantes, como un deseo brevemente culminado que se escapa entre los dedos aunque uno se resista con todas sus fuerzas. Y esos amores breves, aunque se extinguían igual que todos, no me detuvieron, querida Juliette, volvía a buscarte en otra mujer, ahora más joven, ahora más serena, ahora más tierna, ahora más sensual. Todas se iban, pero tú has permanecido mucho más tiempo de lo que dura el amor, en ese instante congelado por el que no ha pasado ni el tiempo ni la fatiga, con tu piel tersa, tu pecho firme, tus caderas altas, tu sexo tan fresco como tus ojos y tu inmutable expresión de cercanía: “aquí estoy y no es para tanto”, en ese momento eterno que nunca volverá a suceder, pero que igual que un día fue, podría volver a ser.

Han traído una camilla tan alta como la cama desde la que te he escrito, mi querida Juliette. Les pido unos segundos para acabar la carta, ya no tengo tiempo más que para despedirme y esperar que alguien de la revista que publicó tu fotografía recuerde a Juliette Chavanel y sepa cómo hacerte llegar esta carta. Alguien habrá que reconozca tu nombre, tal vez el fotógrafo que, indudablemente, tuvo que amar tu cuerpo como yo mismo, o alguien que fuera un muchacho entonces y no haya olvidado que a la vista de tu foto se le avivó hasta la última partícula de su piel. El mensajero que llevara tu foto a la redacción, el maquetador que la buscara acomodado en la mejor página, el ordenanza que hojeara de soslayo las revistas cuando nadie reparase en su actitud furtiva, las mujeres de la redacción que, aún acostumbradas a los desnudos de las fotografías y a los suyos propios, admirasen la armonía de tu cuerpo. Alguien habrá que te recuerde.

Ahora tengo que dejarte. Adiós Juliette, alégrate, tienes motivos para considerarte una mujer única, has conseguido que alguien te ame, a pesar de que el amor sea imposible.

José Sainz de la Maza

7 de marzo de 2012